

muertos ó prisioneros, que les costára aquella derrota, no pudieron ya realizar su plan; y despues de guardar por algun tiempo la defensiva, se vieron reducidos á evacuar la mayor parte de las plazas que ocupaban aun, entre ellas Evora y Castel Rodrigo. Los portugueses, por el contrario, penetraron en Extremadura, é insultaron á la corte de Madrid, apoderándose de Valencia de Alcántara.

En poco estuvo el que los rápidos progresos del ejército portugués se viesen cortados repentinamente, á causa del legítimo descontento que inspiraban á los franceses la ingratitud y las prevenciones de la corte de Lisboa; pero Schomberg, á pesar de ser el primero en experimentar sus efectos, trabajó para calmar los ánimos, y haciéndose superior á todo resentimiento personal, consintió en ser el lugarteniente de Marialva, así como lo había sido de Villafior. Esto fué causa de que los españoles experimentasen una segunda derrota en Montes Claros, en el momento en que mandados por Caracena, habían llegado hasta Villaviciosa, en el camino de Lisboa, el 17 de junio de 1665. Despues que Caracena hubo enviado al moribundo Felipe IV la noticia de tan cruel desastre, dícese que el rey dejó caer de sus manos la carta en que se le participaba la derrota de su ejército, exclamando: «Dios lo quiere». Razon tenia Felipe IV. ¿Cómo no había de sostener Dios á los que combatian por su patria, contra los que solo representaban el orgullo, el despotismo y la usurpacion?

Desde este momento, Marialva, y sobre todo Schomberg, á quien Castelmelhor se dicidió á nombrar general en jefe y duque, no cesaron de obtener sobre las tropas castellanas repetidas victorias. Murió á la sazón Felipe IV, dejando por sucesor suyo al imbécil Carlos II, y surgieron las mas graves disensiones entre las cortes de Madrid y de Francia, siendo preciso resignarse á la paz, la que se firmó en 1668, bajo la mediacion de la Inglaterra, consagrándose plenamente la obra de 1640. La España no conservó sino la plaza de Ceuta como recuerdo de su antigua dominacion.

La consolidacion de la independencia portuguesa, era un hecho que no solo interesaba á la Península, sino tambien á todo el Occidente, á toda la Europa. Privada la monarquía española del Portugal y de los Países Bajos, pasaba á ser una potencia secundaria, á pesar de los inmensos territorios que todavía conservaba.

Faltaba saber á quien debía aprovechar la decadencia española, á la Francia ó á la Inglaterra. Castelmelhor dió el sobrenombre de Victorioso á su soberano, mientras solo él reinaba en Portugal.

Gaida de Castelmelhor; D. Pedro y la Reina conspiran contra él.

A las inquietudes que causó á Castelmelhor la lucha contra Castilla, hay que añadir las que le originaban la impaciente ambicion del infante don Pedro, hermano de Alfonso VI. Sabia que el joven príncipe, tan estimado del pueblo, como aborrecido era el rey, fundaba en este amor las mas altas esperanzas, y creyó que el medio mas seguro para confundirle é imponer silencio á los injuriosos rumores que circulaban relativamente á su soberano, era el de buscarle una compañera digna de la corona. En el hecho de casarse don Alfonso renunciaria indudablemente á todos los escándalos que le deshonoraban, y si llegaba á tener un hijo, las pretensiones de don Pedro caerian por su propio peso.

Castelmelhor tenia por norma de su política el apoyarse igualmente en la Francia y en la Inglaterra, temiendo que las exigencias de esta última nacion fuesen creciendo cada dia; dirigióse pues entonces á la Francia, y obtuvo para D. Alfonso la mano de Doña María Francisca Isabel de Saboya, hija del duque de Nemours y de Isabel de Vendome (27 de junio de 1666). Las bodas fueron magníficas; pero D. Alfonso dió á conocer en breve su extravagante carácter, y desde el primer dia se pudo vislumbrar muy sombrío el porvenir. Por otra parte, Castelmelhor, que se había vanagloriado de encontrar en Isabel una princesa tan dulce como amable, pudo tambien conocer hasta qué punto había sido engañado. Educada aquella princesa en Francia, y en medio de la brillante corte de Luis XIV, no era menos ambiciosa que hermosa, y apenas tuvo tiempo para examinar á su marido y á los que le rodeaban, cuando los despreció deseando reinar única y exclusivamente.

Esto nada tenia de extraordinario; pero lo mas extraño es que Doña Isabel se atreviese á proclamar la impotencia de Alfonso VI, y á corresponder al amor de D. Pedro, su cuñado, sin que los portugueses se indignasen, y sin que el rey se apresurase á castigarla. ¡Tal era el desprecio que inspiraba este príncipe, que pa-

recia natural que su esposa experimentase hácia él los mismos sentimientos que la nacion entera!

Envalentonada Isabel con semejante indulgencia, resolvió derrocar al conde de Castelmelhor, cuya penetracion é influencia temia, y bastóle para lograr su objeto repetir incesantemente al rey que su favorito era la única causa de cuantas intrigas agitaban á la corte, y que solo alejándolo de su lado podia restablecerse la tranquilidad. Alfonso acabó por creer á su esposa, y cuando vió que el numeroso partido de que Schomberg era el jefe, le hablaba en el mismo sentido, concibió de repente un odio tan grande á Castelmelhor, como grande habia sido el cariño que le profesara. Este, que presentia su desgracia, no quiso dar á sus enemigos la alegría de tenerle entre sus manos, y en lugar de aguardar la catástrofe, partió para Italia, quejándose tan solo de que *su rey le hubiese faltado*. Mas tarde se trasladó á Francia, y despues á Inglaterra, con la esperanza de deshacer lo hecho por sus enemigos; esto es, de restablecer á Alfonso y su propia fortuna, pero todo fué inútil, porque el instrumento de su ambicion era harto miserable para poder triunfar, y el desgraciado favorito acabó oscuramente en el destierro una vida llena de glorias y de faltas.

Caida de Alfonso VI; desprecio general de que es objeto; D. Pedro regente y luego Rey.

Caido Castelmelhor, Alfonso VI quedó solo, y únicamente faltaba dar el golpe: el infante D. Pedro se encargó de esta mision. Retirado hacia ya mucho tiempo y afectando tomar grandes precauciones, se presentó de repente á su hermano, é invocando la opinion pública, le propuso la inmediata reunion de los Estados. Alfonso comprendió el peligro con que le amenazaba D. Pedro, pero cómo resistir sin el apoyo de Castelmelhor? Comprometiése á reunir las cortes el 27 de enero de 1668.

Aunque la fecha era muy próxima, no pudo Isabel resignarse á esperarla, y sin respeto por las mas vulgares consideraciones, se escapó de palacio á fines de noviembre de 1667, y retirada en el convento de religiosas de la Esperanza, se apresuró á publicar un manifiesto en el cual decia haber huido porque su matrimonio con D. Alfonso no habia sido consumado, y era por consiguient-

te nulo, siendo tal la aversion que inspiraba su marido, que este singular escrito fué acogido de un modo que nadie podia imaginar. Sin embargo, al saber el asilo de la reina, Alfonso VI se apresuró á presentarse en el convento para arrancarla de él y castigarla, pero se le negó la entrada de aquel santo lugar, y convencido Don Pedro de que todo estaba perdido si no obraba con prontitud, aprovechó la ausencia de su hermano, y se dirigió á palacio con una numerosa escolta. Al ver Alfonso el amenazador aparato, experimentó tan fuerte terror, que no vaciló un momento en firmar su abdicacion, y Lisboa, y la nacion entera confirmaron al punto con sus aclamaciones lo que acababa de realizar la fuerza.

Las cortes se reunieron en seguida, y dieron una confirmacion legal á la inevitable usurpacion de D. Pedro. Este no aceptó sin embargo sino los titulos de regente y heredero presunto, y bajo este carácter prestó juramento á las instituciones portuguesas. Por incapaz y despreciable que fuese D. Alfonso VI no se atrevió su hermano á arrancarle la corona, y le dejó toda la exterioridad del poder reservándose empero del mismo la parte real y verdadera.

Al cabo de poco tiempo, reunidos por D. Pedro los obispos y teólogos para examinar la validez del matrimonio de D. Alfonso, pronunciaron su nulidad. El Papa ratificó esta decision, y la Francia, que la habia provocado, la aplaudió. Isabel, por el contrario, trató de disimular el amor que el regente le inspiraba, y se limitó á pedir su dote y á hacer ostensiblemente los preparativos de marcha.

Al quedar estos terminados, los Estados en que los partidarios de D. Pedro gozaban de gran preponderancia, propusieron el casamiento de Isabel con el infante, y apenas los dos príncipes se hubieron puesto de acuerdo, cuando llegaron á Lisboa las dispensas solicitadas con anticipacion de la corte de Roma por M. Verjus, agente de Luis XIV, verificándose el enlace el día 2 de abril de 1668. Despues de este nuevo despojo, Alfonso VI no conservó ya ni el trono ni la libertad, sintiendo únicamente la pérdida de esta última. En cuanto á su esposa, renunció á ella de muy buena gana, repitiendo á menudo que en todo este negocio, el mas digno de lástima era su hermano, el cual no tardaria en saber, como le constaba á él, lo que valia *la Francesa*.

No atreviéndose D. Pedro á conservar á D. Alfonso en sus antiguos Estados, le hizo trasladar secretamente á las Azores, en cuyo punto pasó seis años en medio de violentos ejercicios que le convenian mucho mas que los graves trabajos de la política. Pero la España, que no podia consolarse aun de haber perdido el Portugal, no le permitió vivir tranquilo, consistiendo su proyecto en asesinar á los que custodiaban á D. Alfonso, en apoderarse de él y en casarle con la hermana de Felipe IV. Castelmelhor era el alma de la conspiracion y Alfonso VI la hubiese aprobado ó no, es lo cierto que fué su víctima, pues mientras muchos de los grandes señores portugueses expiaban en el cadalso su culpable inteligencia con la corte de Madrid, D. Pedro no quiso que su hermano continuase en las islas Azores, á disposicion de todos los ambiciosos que quisiesen servirse de él como instrumento, y le hizo encerrar en el castillo de Cintra, á algunas leguas de Lisboa. El desgraciado Alfonso vivió allí nueve años, en un estrecho cautiverio, sin mas consuelo que el que le procuraba de vez en cuando la complacencia del duque de Cadaval, su custodio. En las baldosas del aposento en que vivia, se ven aun las huellas de sus pasos en los continuos paseos que hacia para distraerse. Cuando murió, se le enterró en un ataúd de madera, detrás del altar mayor del monasterio de Belen, y el regente, su hermano (porque D. Pedro no tomó hasta entonces el título de rey) no le concedió ninguno de los honores del poder real que le habia usurpado.

CAPÍTULO XIX.

Desde D. Pedro hasta Pombal (1683-1750).

GOBIERNO DE DON PEDRO; DESGRACIAS EN EL ESTE; DESCUBRIMIENTO DE ABUNDANTES MINAS EN EL BRASIL (1699).—EL PORTUGAL SE CONVIERTE EN BREVE EN INGLÉS; TRATADO DE SIR METHUEN (1703)—TRIUNFOS Y MUERTE DE DON PEDRO; JUAN V CONTINÚA LA GUERRA; QUEDA VENCIDO; ESTÉRILES TRATADOS DE 1713 Y 1715.—JUAN V PROCURA VIVIR EN PAZ.—DECADENCIA DE LAS COLONIAS; JUAN V DESPILFARRA SUS RIQUEZAS; SU TRISTE FIN.

Gobierno de D. Pedro; desgracias en el Este; descubrimiento de abundantes minas en el Brasil (1699).

Desde el día en que Castilla cesó de pretender oficialmente la

corona de Portugal, los reyes de este país pudieron fijar toda su atencion en la prosperidad de sus Estados y era lícito esperar el renacimiento del antiguo esplendor de Lisboa. Sin embargo, así los hombres como las cosas habian cambiado completamente desde aquella gloriosa época; el despotismo habia sucedido á la libertad, el fanatismo á las luces, la molice á la energía; y apesar de la buena voluntad de la nueva dinastía, los buenos tiempos de Portugal habian pasado para no volver.

Hemos visto como esta decadencia, tan sensible ya en Europa, de la que el Portugal no es mas que un Estado secundario, habia tomado grandes é irremediables proporciones en el Oriente. Las colonias portuguesas solo eran un glorioso recuerdo y onerosos restos de lo pasado. ¿Qué importaba en efecto, que los holandeses, en lugar de conservar el monopolio del comercio asiático, permitiesen á los ingleses y franceses sentar en las Indias los primeros fundamentos de una poderosa dominacion? Los portugueses eran demasiado débiles para que la rivalidad de estos tres pueblos pudiese servirles de provecho alguno. Fuese cual fuese el pretendiente que lograra apoderarse del objeto codiciado, los portugueses no podian pensar en disputarle su triunfo.

Es cierto que no sucedia lo mismo en Occidente, en aquel Brasil tan despreciado. La agricultura hacia progresos en aquella region, y algunos de los colonos, avanzando hácia el interior del país, descubrieron abundantes minas de oro. Al saberse semejante noticia, y sobre todo al ver el precioso mineral (1699) los portugueses se abandonaron á una inmensa alegría, y poco les importó el haber perdido las Indias, pues el Brasil les iba á dar mucho mas de lo que les habian valido las especias, los géneros y los perfumes del Oriente. El mismo rey D. Pedro acogió entusiasmado tan alhagüeñas esperanzas, y murió en medio de los sueños de oro que le hacian entrever los tesoros de la América meridional.

¿Pero tenian realmente los portugueses y su soberano motivo para tanta alegría? Por mucho valor que tuviesen aquellos preciosos metales, no residia en ellos la riqueza, sino en el trabajo. Las minas se agotan, pero el trabajo jamás. El oro y la plata son únicamente los signos y de ninguna manera los productores de la riqueza. Ahora bien ¿qué es lo que aconteció al Portugal y